

# Más allá de la perspectiva crítica

Alfonsa RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ

Departamento de Trabajo Social y Servicios Sociales  
Universidad Complutense de Madrid

*Recibido:* 12 febrero 2007

*Aceptado:* 20 marzo 2007

## RESUMEN

En el presente artículo se intenta trascender la perspectiva crítica clásica, tal y como se articuló en trabajo social. Se analiza el marco conceptual y contextual del trabajo social hoy, tras lo cual ayudándonos de nuevas perspectivas teóricas (construccionismo y constructivismo social) se realizan propuestas para lo que hemos denominado un marco reflexivo para la teoría y la práctica profesional. Por último, se describe un posible abordaje, a la luz de las ideas expuestas, de familias inmigrantes.

**Palabras clave:** teoría crítica, marcos reflexivos, constructivismo y construccionismo social, familia e inmigración.

## Beyond critical perspective

## ABSTRACT

In this article, the author seeks to transcend the classic critical perspective as it has been articulated in Social Work. The conceptual and contextual framework of current Social Work is analyzed, which, by drawing on new theoretical perspectives (social constructionism and constructivism), results in proposals for what we have called a reflective framework for theory and professional practice. Lastly, possible application to immigrant families is viewed through the lense of these ideas.

**Key words:** critical theory, reflective frameworks, constructionism and social constructivism, family and immigration.

**SUMARIO:** 1. Introducción. 2. La realidad conceptual y contextual del Trabajo Social hoy a la luz de la perspectiva crítica. 3. Un marco reflexivo para la teoría y la práctica profesional. Nuevas perspectivas críticas. 4. Trabajo sociofamiliar con familias inmigrantes. 5. Conclusiones. 6. Bibliografía.

## 1. INTRODUCCIÓN

El término «teoría crítica» esconde varias nociones, aquí le damos un doble significado: por una parte, y de modo específico, se refiere al legado de algunos miembros de la Escuela de Frankfurt (Theodor Adorno, Max Horkheimer, Herbert Marcuse, Erich Fromm, Walter Benjamin, Jürgen Habermas, etc.) y por otra, de manera genérica, hace mención a la necesidad de desarrollar un discurso científico de transformación y emancipación, no aferrado dogmáticamente a sus propias suposiciones doctrinales. En trabajo social las posiciones críticas, diversificadas por demás, influyen en los años sesenta y setenta tanto en el contexto europeo, como latinoamericano y estadounidense. Con la expresión «teoría crítica» se ejemplifica para A. Barranquero (2005) un modelo de trabajo o metodología que requiere, entre otros factores: Vincular las dimensiones explicativas, normativas e ideológicas del pensamiento social; analizar la totalidad del mundo social moderno o cualquiera de sus esferas —psicológica, cultural, económica, legal, política, comunicativa—, desde la compleja interconexión de lo material y lo ideológico; adoptar una perspectiva interdisciplinaria amplia; combinar teoría y praxis, crítica pura y acción social, es decir, utilizar el conocimiento para cambiar la realidad existente, mejorarla y adecuarla a intereses más humanos; y favorecer una crítica continua en la que cualquier denuncia debe ser confrontada con la realidad social existente. La teoría social debe ser capaz de tomar una postura crítica tanto hacia sí misma, reconociendo sus propias presuposiciones y su papel en el mundo social, como hacia la realidad social que investiga, proporcionando los argumentos para la justificación y crítica de las instituciones, relaciones sociales o prácticas de dicha realidad.

En el ámbito del trabajo social, a partir de los años sesenta y cinco, la teoría crítica repercute, para algunos profundamente (Zamanillo T., 1991; De la Red, 1993), en un giro científico e ideológico en el trabajo social. El enfoque contiene la articulación que se hizo en trabajo social del conjunto de ideas derivadas de la dialéctica marxista, por un lado y de la Pedagogía de la Liberación del brasileño Paulo Freire por otro, conjunto articulado que constituyó lo que se vino a denominar «el movimiento de la reconceptualización». Esta «adaptación» conceptual que realizaron colegas de Latinoamérica supuso una respuesta al colonialismo cultural e intelectual al que se veían sometidos por parte de Estados Unidos en todos los órdenes. Más, en general, la adopción de una perspectiva crítica en trabajo social también se gesta en el norte de los Estados Unidos.

La mirada que comienza a introducirse en trabajo social en los años sesenta pretende ser global; supone, asimismo, una reacción y rechazo a las teorías psicodinámicas y funcionalistas por los supuestos básicos que mantienen: la función del trabajador social no puede ser la de adaptar al hombre a un medio que le es hostil, a un orden social que mantiene situaciones de desigualdad y explotación; se ha de actuar pues sobre las estructuras sociales generadoras de problemas (Ander Egg, 1972). En España, por mucho tiempo, las lecturas sobre la «reconceptualización» fueron las únicas que se hicieron por parte de los docentes y, en con-

secuencia, eran las principales fuentes de información para varias generaciones de alumnos futuros profesionales. Lo que supuso será abordado con posterioridad en estas líneas. En el lenguaje propio de este movimiento se sostenía el papel del trabajador social como agente de cambio social. Los que así tuvimos oportunidad de interiorizarlo, pasaba a formar parte del deber ser: la acción colectiva y el cambio social no sólo eran deseables sino que el trabajador social habría de ser el principal impulsor.

Son innegables las diferencias entre las aportaciones que nos llegaban de Latinoamérica, y la producción que simultáneamente se estaba haciendo en los países anglosajones. Estos centraban las críticas al sistema, entre otras, en el papel de control que ejercen los servicios sociales con respecto a la población (M. Payne, 1995). En este punto, no podemos dejar de preguntarnos qué desarrollo tenían los servicios sociales, el estado de bienestar, en nuestro país en los años 60 y 70. Obviamente ninguno. En realidad en nuestro país el movimiento de contestación más importante fue el de reivindicar un sistema de servicios sociales universales. Por otro lado, el método único no aportó, desde el punto de vista teórico, ninguna novedad. Es más, fue el germen, desde mi punto de vista, de una concepción del trabajo social desprovista de marco teórico y con un énfasis ideológico muy notable.

Volviendo al entorno anglosajón, en un plano general, podemos afirmar que ha sido tal el cambio que se ha producido en el sistema actual de servicios sociales (del sistema de bienestar en general) que, en palabras de K. Healy: «Los activistas, que desde hace mucho tiempo vienen criticando el estado de bienestar, contemplan ahora con nerviosismo el desmantelamiento y la reestructuración de un estado de bienestar reducido a la mínima expresión» (2001:12). En esta línea, la pregunta a la que hemos de dar una, al menos, somera respuesta, es ¿en qué realidad conceptual y contextual se desarrolla el trabajo social de hoy? Y además ¿los llamados marcos reflexivos de la práctica pueden dar cuenta de las posibilidades de un trabajo social crítico, reflexivo y transformador? Intentar responder a estas cuestiones es, al menos, nuestro deseo. Por último, a modo de ejemplo, exponemos una perspectiva de trabajo con familias inmigrantes.

## **2. LA REALIDAD CONCEPTUAL Y CONTEXTUAL DEL TRABAJO SOCIAL HOY A LA LUZ DE LA PERSPECTIVA CRÍTICA**

En la práctica crítica tuvieron especial importancia el «papel de los movimientos sociales radicales. Su influencia dio lugar a perspectivas teórico-prácticas como el trabajo social antirracista y multicultural; el trabajo social *antiopresor* y antidiscriminatorio; el trabajo social feminista, entre otros» (K. Healy, *op. cit.*, 13-14). ¿Qué tienen en común? Su orientación al cambio social emancipatorio. Según P. Leonard (1994, 1995) todos estos enfoques destacan un compromiso con «las poblaciones oprimidas y empobrecidas»; el cambio en la relación trabajador social usuario ha de estar basado en el diálogo; que los sistemas so-

ciales, económicos y políticos configuran las experiencias individuales y las relaciones sociales; y, la orientación de la práctica profesional hacia «la transformación de los procesos y estructuras que perpetúan la dominación y la explotación» (en Healy, *op. cit.*, 14).

Acompañados de la autora citada —Healy—, con su texto *Trabajo social Perspectivas contemporáneas*, haremos algunos cuestionamientos a los presupuestos del enfoque, si bien añadiremos otro propio, producto de la reflexión que hemos realizado. Comienza Healy cuestionando el discurso lineal del enfoque crítico, por cuanto, «dejan poco espacio para poner de manifiesto las contradicciones, las incertidumbres, la variabilidad contextual dentro de los contextos de la práctica (...) y las demandas específicas relacionadas con la práctica del trabajo social, sobre todo en ambientes convencionales». En este mismo sentido los planteamientos, a pesar de que apelan a la praxis, son «muy prescriptivos acerca de lo que puede considerarse práctica crítica» (*op. cit.*, 15).

Al hilo de este argumento son muy esclarecedores los cuestionamientos que hacen L. Dominelli y E. MacLeod (1999) a los planteamientos de las prácticas feministas críticas que no toman en consideración lo local, las particularidades de cada situación. A continuación, brevemente, porque no es el objeto central de estas reflexiones, exponemos algunos de dichos planteamientos para clarificar la posición que sostenemos.

Es innegable que hoy cualquier perspectiva ideológica «problematiza (sic) la naturaleza de la situación social de las mujeres como proveedoras de asistencia personal» (L. Dominelli y E. Mac Leod, 1999). Mas, ¿qué nos encontramos en la realidad en nuestros ámbitos de intervención? Que el contrato social tradicional (la división según género en el trabajo en el hogar, por ejemplo) persiste en lo cotidiano como modelo simbólico de comportamiento. Con las autoras citadas creemos que asistimos a una dualización, es decir, la existencia de «jóvenes mujeres especialmente dotadas de capital social y humano han empezado a formar parte de las minorías de cuello de oro con reconocimiento», sin que vayamos a negar que persisten los problemas de género a pesar de todo. Pero lo que es más destacable, y a considerar, es que a la par han empeorado las condiciones de los «otros grupos de mujeres» en situaciones de gran vulnerabilidad respecto al empleo, familias con mujeres solas con cargas familiares en situación de gran precariedad económica, etc.

Es innegable, a su vez, que la visión feminista ha contribuido a considerar todos los problemas de las mujeres desde la perspectiva del impacto específico en el bienestar de las mismas. Aspectos como la salud, violencia física, psicológica y violencia sexual, no sólo contra las mujeres sino contra los menores, planificación familiar, la atención al dependiente, y un largo etcétera. Sin embargo, de manera provocadora, voy a plantear cómo en parte las instituciones y los profesionales contribuimos a perpetuar la permanencia de la dominación patriarcal; no como acción deseada, sino como las consecuencias no deseadas de una buena acción, de unos buenos propósitos. ¿Dónde se juega? En las cuestiones estratégicas institucionales y llevadas a cabo por profesionales bien intencionados.

Existen dos discursos dominantes, el que podríamos llamar el de la dominación masculina, y el políticamente correcto «instituido», feminista, de género; cualquiera de los dos pueden resultar «opresivos», no «emancipadores». Como dice P. Bourdieu, favorecer la reacción de las víctimas puede dar lugar a muchos malentendidos, «la buena fe no basta; tampoco, por otra parte, la convicción militante». Ofrecer una representación idealizada de los oprimidos y de los estigmatizados en nombre de la simpatía, de la solidaridad y de la indagación moral y no señalar los propios efectos de la dominación, especialmente los más negativos, supone asumir el riesgo de parecer que se justifica el orden establecido (cuando realmente no es así) desvelando las propiedades por las cuales los dominados, las mujeres, tal como la dominación las ha hecho, puede contribuir a su propia dominación. De la misma manera, es necesario «desvelar los efectos que la dominación masculina ejerce sobre los hábitos masculinos; esto no es, como algunos podrían creer, intentar disculpar a los hombres. Es explicar que el esfuerzo por liberar a las mujeres de la dominación, o sea, de las estructuras objetivas y asimiladas que se les imponen, no puede avanzar sin un esfuerzo por liberar a los hombres de esas mismas estructuras que hacen que ellos contribuyan a imponerlas» (P. Bourdieu, 2000:138-139).

La perspectiva feminista que hemos denominado «políticamente correcta» prefiere «rehuir el análisis de la sumisión, por miedo a admitir que la participación de las mujeres en la relación de dominación equivalga a transferir de los hombres a las mujeres el peso de la responsabilidad». Para Bourdieu la desigualdad de género es «una institución que está inscrita desde hace miles de años en la objetividad de las estructuras sociales y en las estructuras cognitivas; tendrán consecuencias en la práctica, y en especial en la concepción de las estrategias destinadas a transformar el estado actual de la correlación de fuerzas materialistas y simbólicas entre los sexos.

En el mismo sentido, con la experiencia clínica de terapia familiar que avala a M. Walters, plantea: «proponer generalizaciones sobre la experiencia de las mujeres, o hablar de una coincidencia colectiva, entraña el peligro de dar lugar a estereotipos despectivos (...), por lo que debemos cuidarnos de no incurrir en eso y, por supuesto, los casos específicos de dicha experiencia son tan variados y tan diferentes como diferencias y variaciones existen entre las personas y los grupos raciales y de clase social. Con todo, hay condiciones universales que conforman la conciencia y la autodefinición individuales» (1991: 65). Aquí tenemos el marco, la clave para dar significado al nudo que estamos intentando desenredar.

Y es que en la realidad de la intervención, observamos en nosotros mismos que la socialización desde determinado tipo de premisas», lo que a cada uno nos toca hacer» (funciones y roles), nos constriñe y nos constituye como sujetos en relación. En definitiva, trascender, complejizar la perspectiva feminista clásica, debería llevar consigo la tarea de contextualizar el síntoma o la queja en relación a la experiencia de ser mujer en determinado contexto. Permitiendo que aparezcan esas otras voces de las mujeres que a veces hacemos callar, voces tal vez no emancipadoras, pero que en todo caso nos permiten seguir dialogando. Y es que,

los enfoques críticos, dice, Healy, reducen al silencio «las características locales de las prácticas». Locales es sinónimo de perspectiva individual (trabajo social de casos en nuestra terminología). ¿Por qué? Porque, como vimos, privilegian las prácticas comunitarias, obvian los contextos multidisciplinares, burocráticos (la mayoría, que no burocratizados) y privados; contextos en los que en realidad se llevan a cabo la mayoría de las prácticas contemporáneas del trabajo social.

Condición *sine qua non* para una auténtica práctica emancipadora eran las relaciones simétricas, paritarias, el diálogo, decíamos más arriba en palabras de Leonard, entre profesional y cliente (llama la atención la disonancia que el término cliente provoca en este contexto de práctica crítica). De nuevo más interrogantes: ¿Cómo utilizar el poder en contextos sociales donde es fundamental su uso, como en contextos de trabajo de protección de menores? Reformulamos algunas cuestiones que de una u otra forma compartimos con Healy: ¿No se está ya utilizando un poder, a través de las prácticas críticas, cuando se lleva a cabo el necesario ejercicio de concienciación? Entre tantas preguntas, una convicción: hoy día tenemos marcos conceptuales que nos permiten romper la falsa dicotomía entre lo local-individual y lo estructural, y pensar «más allá de las paralizaciones dicotómicas entre sujeto y sistema, entre una misteriosa acción de la estructura o una no menos milagrosa decisión de las voluntades» (J. L. Moreno Pestaña: prólogo a la edición de Foucault y el trabajo social p. 26). Al mismo tiempo será preciso poner el foco en las estructuras de poder donde se inscribe la práctica profesional, para lo que las ideas de Foucault pueden ayudarnos sobremedida.

Antes de adentrarnos en estas perspectivas conceptuales y operativas, que genéricamente denominaremos marcos reflexivos, es preciso un paréntesis para dar apenas una pincelada sobre las condiciones socioeconómicas actuales, los servicios sociales y las relaciones con las que se manejan los trabajadores sociales. Porque las condiciones del ejercicio profesional no son casuales, están vinculadas a las políticas sociales que se están implementando en el mundo.

La gestión como protagonista podría ser un subepígrafe en este punto de las reflexiones que estamos realizando. Más, elevemos la mirada. Es evidente que el ejercicio de la práctica del trabajo social exige una perspectiva pluridimensional por cuanto lleva implícitas dimensiones problemáticas *per se*: determinado modelo de sociedad, diferentes enfoques teóricos, variados y complejos contextos organizativos e institucionales, además de ciertos estilos relacionales. Es precisamente una exigencia del enfoque que analizamos. Repensar la combinación de factores institucionales, profesionales y de la población que determinan la práctica del trabajo social es imprescindible. Pues, ¿qué nos encontramos en el análisis de las prácticas profesionales? Una tendencia simplificadora que reduce al individuo a mero objeto de la administración, a un consumidor más, en lugar de miembro de la sociedad. El discurso actual es necesario reformularlo porque es el discurso de la neutralidad, de la tecnocracia.

Contención del gasto y optimización de recursos, prestaciones basadas en pruebas, nos advierte M. Pakman, «han transformado campos enteros de la práctica en su mayor parte inmunes al giro académico postmoderno que tanto ha ab-

sorbido las energías de los científicos sociales». El autor, psiquiatra de profesión, alude al campo de la salud mental, pero nosotros lo extrapolamos al ámbito psicosocial propio de los trabajadores sociales. Advierte de una tendencia en curso que lo domina todo. En ella los «procedimientos» sustituyen a las teorías, ya que son necesarios «para que los servicios sean adecuadamente procesados y abonados por las compañías de seguros garantizando los ingresos de los que dependen la supervivencia de estas instituciones...». Cambiemos «compañías de seguros» por subvenciones, prestación de servicios, permanencia en el empleo, etc, situaciones todas ellas, y son muchas más de las que aquí se han dado, que provocan que el trabajador social tenga poder de poner a disposición del sujeto que lo precisa un recurso, a la par que se encuentra siendo objeto del poder —más o menos arbitrario— de aquellos que marcan los procedimientos (2004:13).

Para X. Pelegrí esta distinción es importante porque «cambia totalmente la relación de poder del profesional, que pasa de ser el sujeto a estar sujeto por las disposiciones normativas o estratégicas que rigen los recursos. El trabajador social sólo tiene sobre los recursos una potestad «vicaria», de intermediario entre el cliente y la organización o el sistema político-social, que son quienes dominan fundamentalmente las normas de distribución» (2004: 40). Con la creación de otro tipo de escenarios profesionales, más allá de ser idóneo para que los ciudadanos recuperen poder en sus entornos cercanos, podrá tener como consecuencia que nosotros mismos como profesionales recuperemos un tipo de poder que dote a nuestras intervenciones sociales de potencia para el cambio en los ciudadanos, en las instituciones, en la realidad social y en nosotros mismos.

La tendencia señalada está muy generalizada, de ahí que exija un análisis crítico en el cual repensar el discurso de la pretendida neutralidad técnica. Porque sabemos que las ayudas sociales, los grupos sociales, regulan la construcción de sus miembros como víctimas o villanos, resistentes, mentirosos, débiles, incapaces, la pobreza o exclusión casi como elección de vida. Es preciso dice K. Moffat siguiendo los planteamientos de Foucault, examinar las racionalidades en la toma de decisiones respecto al bienestar de la gente; es posible, prosigue, «que nos veamos expuestos a cuestiones moralmente insoportables». ¿Cómo, cuál es el arbitraje provisional y flexible que tiene lugar entre el trabajador social y el otro? «Es preciso analizar más las racionalidades específicas construidas por los trabajadores sociales en la práctica directa, racionalidades que construyen el cliente como humano» (2001: 315-341). Porque la gestión de los expedientes va en detrimento de un trabajo de relación, de escucha y bloquea el proceso de comunicación. Esta, la comunicación, sería un proceso reflexivo que permitiría poner el acento del proceso de intervención, el examen de las complejidades propias del contexto social específico que rodea las dificultades psicosociales en la vida de las personas, en un proceso de entrelazar la realidad con las realidades personales y sociales a fin de promover una conciencia crítica acerca de las mismas. Todo lo apuntado es constitutivo y constructor de nuestra mirada, de nuestras lentes, crea realidad, hace que las cosas «sean» y se puedan o no transformar.

En nuestro ámbito una concepción técnico-racional, cual cirujano que, tras perfeccionar su procedimiento técnico opera con independencia de las cuestiones contextuales (M. Pakman, 1997), es inviable. La intervención ha de estar enraizada en cada situación, evitando que no adquiera formas ciegamente ideológicas o que seamos meros ejecutores del control social tecnoburocrático. L. Epstein (2001) desarrolla con inteligencia y acierto (derivado tal vez del giro teórico-práctico que sufre su obra) la función disciplinaria y reguladora de conductas del trabajo social.

Se trata, pues, de tomar conciencia de la lógica de la gestión y la consiguiente fragmentación de nuestros servicios, del *despedazamiento* al que sometemos a los sujetos a los que atendemos. Porque en un plano meramente pragmático, que le ha de interesar a los administradores, «una parcelación y *parcialización* en la comprensión de las situaciones resta eficacia a los profesionales, produce desmotivación y puede incidir de forma negativa en la resolución de los casos» (S. Vega, 1989).

En esta línea, G. Smale, G. Tuson y D. Staham nos invitan a imaginarnos la siguiente escena: «Una hilera de socorristas alineados a la orilla del río, cada uno de los cuales tiene una gorra de diferente color. Ninguno puede lanzarse al agua al menos que la persona que se esté ahogando lleve el mismo color. Si su socorrista está ocupado las personas tienen que cambiar el color de su ropa para que las salven. Quienes no tienen ropa del mismo color que algunas de las gorras de los socorristas no atraen la atención. Evidentemente ningún socorrista va contracorriente y el que lo hace es heroico» (2003: 46). ¿Cuántos socorristas heroicos hay? Lo que estamos proponiendo aquí es ser un «poco heroicos», pero además del compromiso con el otro, con el uso de la teoría. Porque en la actualidad nuestra identidad profesional más que nunca puede ser alineada con la de los sujetos que nos necesitan. Los procedimientos, los aspectos sociales donde éstos se inscriben, están produciendo «sujetos que no se conectan con nivel decisorio alguno y que no perciben las consecuencias de la pérdida de la participación en una historia colectiva, coloca a amplísimos sectores de la sociedad en una situación de desafiliación creciente» (O. Saidón, 1995).

Por otro lado, los docentes que tenemos oportunidad de estar con alumnos en sus fases iniciales de formación, pero que a su vez llevamos a cabo formación de postgrado, en el campo profesional, hace años que hemos advertido una evidencia desoladora: los jóvenes profesionales, aquellos con los que con entusiasmo intelectual y emocional, se acercaron a la teoría, sienten una creciente insatisfacción, puesto que lo que se les pide en el campo profesional es que «dominen esos procedimientos con rapidez» como condición *sine qua non* para ejercer (Pakman, 2004).

Una última afirmación antes de adentrarnos en el marco reflexivo: «La idea que estamos frente a problemas que pueden ser resueltos de un modo más bien técnico-racional oscurece el hecho de que en algunos casos se trata de «dilemas» o sea de cuestiones para las cuales no se pueden encontrar «soluciones» claras, y que reclaman, en lugar de eso, que se adopten posiciones morales» (Pakman, 1997: 254).



### 3. UN MARCO REFLEXIVO PARA LA TEORÍA Y LA PRÁCTICA PROFESIONAL. NUEVAS PERSPECTIVAS CRÍTICAS

La pregunta que persiste es la siguiente: ¿es posible recuperar la tradición crítica del trabajo social? ¿Es posible articular prácticas micro-macro? ¿Es posible y deseable poner en marcha prácticas críticas y servicios críticos? Retomar, dice, Healey las practicas críticas significa no aceptar, podríamos escribirlo con mayúsculas, las teorías acríticas contemporáneas. Mas, ¿qué significa hoy hablar de prácticas críticas? Sostenemos que hay que mantener de las prácticas del trabajo social crítico los compromisos políticos y éticos, sobre todo por la extensión de la justicia en los contextos de la práctica y más allá de ellos. No obstante ¿qué modelo conceptual nos ayuda además del compromiso? Aquí traemos las consideraciones de D. Shön (1998), la necesidad de poner en marcha teorías en uso, las teorías de la acción, la reflexión en la acción. Al respecto manifiesta: «Cuando un profesional reflexiona desde y sobre su práctica, los posibles objetos de su reflexión son tan variados como los tipos de fenómenos ante él y los sistemas de saber desde la práctica que él aporta» (*op. cit.*, 67). Aunque Healy plantea que las perspectivas postestructuralistas nos permiten romper con las «grandes utópicas visiones que han servido de base para las teorías activistas del trabajo social», y que aquél trae enfoques del cambio social que son «antidogmáticos, pragmáticos, flexibles y sensibles al contexto» (2001: 16), consideramos que la actitud críticamente autoreflexiva exige nuevos modos y nuevos lenguajes para poder abarcar al complejo conjunto co-construyente del proceso de intervención: a saber, la familia —el/los sujetos— y el profesional, como sistema inmerso a su vez en sistemas discursivos sociales y culturales más amplios.

Porque la formación de los profesionales pone el énfasis en la resolución de los problemas cuando las cuestiones más difíciles y urgentes son las vinculadas con la «localización de los problemas» (Shön, 1998). Nuevos enfoques, o no tan nuevos, que atienden a la índole contextual (global y local) de nuestras vidas, incluyendo cuestiones vinculadas con la política y la diversidad, como género, clase, raza y culturas locales.

Las nuevas perspectivas incluyen lentes, formas de mirar, que permiten comprender al otro tomando en consideración el género, la cultura, la etnia, la clase social, etcétera. Porque, como vimos, una concepción técnico-racional es inviable. La intervención ha de estar enraizada en cada situación para evitar que no adquiera formas ciegamente ideológicas o que seamos meros ejecutores del control social. Porque sabemos que la definición de los problemas sociales y las prácticas que les acompañan no son neutrales, no se dan en el vacío; implican no sólo cuestiones epistemológicas de primer orden, sino también dimensiones ético-políticas. Asumir dicha convicción, que es a la vez intelectual y personal, ha de hacer que el encuentro y la «construcción del otro» sea un espacio o escenario que permita reflexionar acerca de las condiciones que nos «atravesan»; condiciones económicas, familiares, físicas, emocionales, y un largo etcétera.

El enfoque construccionista, el construccionismo social y las prácticas reflexivas en general nos ayudan a subvertir el orden de cosas establecido en nuestra realidad «conceptual y contextual». ¿Qué tomamos del modelo sistémico? Que lo importante sigue siendo la relación con el otro, por eso el encuentro con el sujeto que atendemos se puede convertir en un momento emancipador o «conservador» del status quo (McNamee, 1996), un encuentro o relación que permita resignificar experiencias y así, que esa reflexión crítica sirva para cuestionar las ideas de autoinculpación, genere comprensión acerca de las condiciones sociales que contribuyeron a su vulnerabilidad, etcétera.

Veamos algunos desarrollos de diferentes autores entre los que se encuentran mis propias reflexiones.

Minuchin *et al.* (2000) en una revisión reciente sobre su trabajo con familias en contextos de pobreza (no olvidemos que fue pionero en el análisis sistémico de la familia en los años sesenta con jóvenes institucionalizados procedentes de barrios marginales), proponen un enfoque centrado en las relaciones familiares frente al trabajo de rescatar al individuo. Para lo que será necesaria una exhaustiva evaluación relacional que incluya calidad del vínculo, pautas habituales de funcionamiento, fronteras intra y extra familiares. Es pertinente eludir prenociones y romper el molde de la burocratización que la mayoría de las veces establecemos en nuestras organizaciones. Es necesario pues un cambio de mirada: poner el énfasis en las interconexiones. Se trata de eludir el reduccionismo clínico y el desmembramiento y atomización del tejido social en un sentido más amplio; aunque estemos hablando de intervención familiar o sistémica, no podemos pasar de poner la culpa en el individuo a la culpa en el sistema.

Las prácticas creativas, en cuanto reflexivas y críticas, subsiguientes al análisis llevado a cabo, nos permitirán obtener información de la propia familia, reencuadrar la queja, explorar pautas alternativas, manejar el conflicto, etcétera. Hoy podemos hablar de transgredir las prácticas *individualizadoras*, mas no en el sentido que se entendió con la reconceptualización, donde desaparecía el individuo, porque era un trabajo conservador del «status quo». Rescatamos el nosotros, lo dialógico, como actividad «política» compartida. En dicho proceso dialógico ha de estar presente el que no existe la verdad, con mayúsculas, ya que existen múltiples voces a las que se puede interrogar siempre que puedan ser «vistas/construidas» por los profesionales. Donde tal vez, como producto de este proceso reflexivo, podamos vernos a nosotros mismos y ver a los demás con ojos diferentes; exige evitar construir al otro con una identidad unidimensional y tal vez, compartir (al menos conectar internamente nosotros) ciertos sentimientos de marginalidad.

El postmodernismo destaca la naturaleza relacional del lenguaje; así a través del proceso de asociación con el cliente, es decir, en la participación activa en el lenguaje, se crea un nuevo conocimiento. L. Wittgenstein (en M. White y D. Epston, 1993) plantea que los límites del lenguaje marcan los límites de mi mundo. Es posible pues expandir la perspectiva relacional a la construcción relacional de significado, ya que todo aquello que es significativo emerge en las relaciones,

las comunidades y las prácticas locales (S. McNamee, 1996). La generación de nuevas posibilidades está conectada con la posibilidad de la acción creadora que, para Wittgenstein, significa: una forma distinta de comprender las cosas y apelar al coraje de cambiar la propia vida. Las preguntas son ¿cómo puede participar un profesional con otra persona en el contexto de trabajo de modo que esa persona puede actualizar las posibilidades que le ofrecen las circunstancias de la vida cotidiana? ¿Cómo podemos hablar con otros como nunca lo hemos hecho antes? Un importante señalamiento que recoge M. White es que la conversación permite que, a través de ella, formemos y reformemos nuestras experiencias vitales y construyamos y reconstruyamos las realidades y nosotros mismos.

En otro orden de cosas, en la línea que venimos desarrollando, es necesario resaltar que en cualquier ámbito de trabajo resulta difícil encontrar familias o sujetos que no hayan sido influidos, perturbados en su funcionamiento autónomo, o que no estén en contacto con diferentes tipos de sistemas: sanitario, escolar, jurídico, servicios sociales, etcétera. La premisa de la que se parte es que, así como postulamos el análisis de la interdependencia e interconexión entre los miembros de la familia para comprender su funcionamiento, hay que incorporar al análisis la influencia de los sistemas amplios que interactúan con la familia (Imber-Back, 2000). Estos desarrollan con las familias pautas de relación isomórficas a las de la propia familia. Si el vínculo familia-operador se co-construye, es responsabilidad de ambas partes modificarlo. Los operadores deben de adoptar una metaperspectiva que les permita ser parte de lo observado y así, evaluar el estilo relacional de las familias con los servicios y viceversa. Es necesario realizar un análisis exhaustivo de dicha relación, la cual nos indicará la existencia de pautas cíclicas que tienen estancadas la resolución de problemas.

Los contextos asistenciales, educativos, de control, guiados por procedimientos más o menos objetivos, tecnocráticos, que no introducen la reflexión acerca de aspectos contextuales, convierten sus prácticas en poco éticas, estereotipadas y contribuyen al *burn out* de los profesionales. Frente a ello, lo que se plantea aquí es contextualizar con el sujeto las dificultades, tal y como él las «construye», las «narra» para, en un proceso de diálogo, con múltiples recovecos, e idas y vueltas, poderle señalar los puntos comunes con los problemas globales» (J. Roberts, 1999). Porque ¿qué beneficios se logran ayudando a un delincuente juvenil si el contexto escolar permanece intacto? ¿Para qué preocuparse de la mejora de la autoestima de una mujer si la seguridad de su esposo respecto a sí mismo está sostenida en las faltas de ella? Son todas preguntas que permanecen en el aire, que nos desasosiegan, mas las traemos aquí porque es preciso que estén en la atmósfera que envuelve la conversación, extraordinaria, decíamos, por cuanto que cuando se interroga al otro, nos interrogamos a nosotros mismos sobre las posibilidades y las restricciones que los contextos nos dan o nos «hurtan».

Para P. Bourdieu la entrevista con «el otro» es igual a una «relación social», una relación asimétrica *per se*. Es necesario poner en práctica, dice, todas las medidas posibles para «reducir al mínimo la violencia simbólica que pueda ejercerse a través de la entrevista ¿Cómo? Con disponibilidad, escucha activa y metódica,

sometimiento a la singularidad de su historia, reforzada por el conocimiento de las condiciones objetivas, comunes a toda categoría. El riesgo: los interrogatorios burocráticos: «Verdaderos exámenes del arte de vivir en los que el encuestador, encerrado en sus presupuestos institucionales y sus certezas éticas mide la capacidad de los otros para adoptar la conducta *conveniente*. Y añade: lejos de evitar un compromiso emocional (en pro de la neutralidad) «La única *esponataneidad* es la construida, pero mediante una construcción realista (...) la investigación puede poner de manifiesto las realidades que pretende registrar únicamente cuando se apoya sobre un conocimiento previo de esas realidades». Si uno no tiene una *construcción* se deja el campo libre a las preconstrucciones o a los mecanismos sociales que están en acción en las operaciones científicas más elementales (concepción y formulación de las preguntas, definición de las categorías de codificación, etc). Porque «los agentes sociales no tienen la ciencia infusa de lo que son y lo que hacen, no tienen necesariamente acceso al origen de su descontento y su malestar. La relación profesional (la entrevista, etc.) debe darle los medios para poner en cuestión todas las preconociones, preconstrucciones, todos los presupuestos que nos habitan a los profesionales y a los otros» (1999: 523).

Un tema a destacar con énfasis es el referido al estilo vincular de la relación con el sujeto que nos necesita. La relación simétrica en ocasiones esconde, desde la perspectiva crítica clásica, una igualdad que es a todas luces ficticia, inexistente. Que puede acarrear más desasosiego y confusión, porque en realidad, lo que proponemos, como señalábamos con anterioridad, es con total transparencia reconocer las posiciones diferentes de partida, profesional y usuario, lo son; y es que es innegable. Los profesionales tienen conocimientos acerca de determinadas situaciones, información, el poder de activar o no determinados recursos, etc. Sin embargo, sin necesidad de reconocerlo explícitamente, en el sentido de «hacer una declaración de principios», que, por cierto, no sirve porque es sólo eso una declaración de buenas intenciones, tendremos que ver al sujeto como el «experto» en su situación, al cual necesitamos para hacernos idea de la misma. No es azaroso el título de un interesante trabajo de H. Goolishian (1996) «El experto es el cliente», donde se le reconoce al consultante el poder. En síntesis estamos proponiendo un esquema vincular de la relación de ayuda, donde las complementariedades sean alternantes para que el resultado final sea de simetría o paridad. El cómo, además de lo actitudinal, tiene que ver con aspectos técnicos: es tan simple como convertir nuestras afirmaciones, consejos e indicaciones en preguntas reflexivas.

La intervención reflexiva, o también podríamos decir, la actitud reflexiva, implica como decíamos, un proceso por el cual podemos vernos y ver a los demás con ojos diferentes. Compartir sentimientos de marginalidad. Evitar identidad unidimensional, ya se trate de poner el énfasis en las diferencias culturales o identitarias o no. Mayor reflexividad implica apertura a las diferencias. El enfoque narrativo en terapia familiar, implícito en muchas de las consideraciones que estamos haciendo, nos ayuda, como vimos en el desarrollo del paradigma cons-

truccionista social, que la clave está en la reconstrucción de las narrativas del otro a través de la comprensión y reconstrucción de las «historias clave», respetando la integridad de su experiencia personal (J. Roberts, *op. cit.*). A lo que añadimos que ha de ayudar a cuestionar las ideas de autoinculpación y llevar a la comprensión de las condiciones sociales que contribuyen a la vulnerabilidad de las personas (E. C. Korin, 1997). Porque el espacio de la relación profesional puede constituirse en un lugar para el silencio y el secreto, y éstos son refugio para el poder (parafraseando a Foucault). No olvidemos que las prácticas socioeducativas son empresas cargada de valores: al influir en los estilos de vida ayudamos inevitablemente a mantener el *status quo* o a promover el cambio. Dice, de manera muy poética, que los operadores sociales hemos de prestar nuestros «ojos» a los pacientes para poder «rever» sus «hogares psicológicos y sociológicos» y hacer visible lo invisible, es decir, aquello que está bloqueando senderos potencialmente emancipadores».

Si las situaciones no son cuestiones a resolver sino dilemas a reflexionar, los dilemas en los que están atrapadas las personas no son propios sólo de su experiencia, sino que forman parte inherente de problemas sociales más amplios y del cambio social: romper con la inculpación dirigida a sí mismos y a los demás; pasar a admitir de qué manera el contexto afecta a la vida individual. Porque esta subyugación afecta al estado psicológico y sociológico de los individuos y observamos cómo los sentimientos de impotencia, de desesperación y de aceptación fatalista de la *irremediabilidad* de la situación describe el ánimo de muchos de los clientes de los trabajadores sociales (Howe, 1999).

En síntesis, es preciso que los profesionales reflexionemos sobre nuestras propias narrativas, narrativas que construyen al otro, que sostienen las relaciones de ayuda. Que reflexionemos acerca de nosotros mismos, de las historias interpersonales de los sujetos, y de las condiciones que «nos atraviesan»: ser mujer, discapacitado, pobre, inmigrante, etcétera. Para evitar, a riesgo de ser repetitiva, mimetizarnos con los discursos dominantes tecnoburocráticos de nuestras organizaciones.

#### 4. TRABAJO SOCIOFAMILIAR CON FAMILIAS INMIGRANTES

A continuación se analizan algunos aspectos de un enfoque de trabajo social crítico con familias inmigrantes. El propósito de estas reflexiones es poner de manifiesto que, en la medida en que esas situaciones se aborden por el operador socioeducativo o sociosanitario, sin tomar en consideración la situación de stress y crisis transicional por la que está pasando la familia, se están produciendo varios errores, a saber: desde el punto de vista del acaecer psicosocial los fenómenos sólo son comprensibles en tanto el marco —contexto— de observación es suficientemente amplio. Y desde el punto de vista de la ética de la intervención socioeducativa, conceptuar como un problema individual lo que es un problema que se asienta en situaciones de desigualdad, explotación, etcétera, no sólo no es

científico, sino que no es ético. La tendencia que se observa en la actualidad a psicologizar las dificultades (es decir, culpabilizar) no contribuye más que a esa práctica no ética. En definitiva que los dilemas en los que están atrapadas estas familias/ los sujetos no son propios solamente de su experiencia, sino que forman parte inherente de problemas sociales más amplios.

Las migraciones han contribuido a la emergencia de nuevas formas de familia, familias transnacionales en palabras de C. Falicov (2000), que viven literalmente en un lado y en otro, fragmentadas, sufriendo desventajas, y también ventajas, tanto para aquellos miembros de la familia que se van como para los que se quedan en el país de origen. Estas familias, estas mujeres, acuden a los diferentes servicios socioeducativos con situaciones diversas, véase dificultades de adaptación de los niños al ámbito escolar, violencia de género, conflictos relacionales tras el reagrupamiento familiar, y un largo etcétera.

Bien es verdad que las familias que acuden a los servicios (o que son obligadas a ir como en los casos de malos tratos a niños) no necesariamente mencionan las pérdidas, la situación de inmigración como eje del problema. Hemos de ser los profesionales los que efectuemos esa conexión, los que hagamos comprensible el fenómeno bajo esta luz con las lentes que estamos proponiendo para poder percibir una realidad, la de las familias inmigrantes. Realidad que se puede mirar desde lo macro o desde lo micro; esta última es nuestra pretensión. Hay algunos aspectos esenciales a considerar desde la perspectiva que estamos proponiendo en el trabajo social con inmigrantes, que han de ser tomados en cuenta en el trabajo de intervención. Como se verá, algunos de ellos afectan directamente a procesos familiares y otros constituyen el escenario por el que transitan estas familias.

En primer lugar, es evidente que la mayoría de las familias están sufriendo una situación de inestabilidad jurídica; dicha situación provoca malestar, incertidumbre. ¿Cuáles son los marcadores contextuales que han de ser tenidos en cuenta en el trabajo de intervención con familias inmigrantes? Destacaremos algunos: La situación de precariedad del mercado de trabajo para los inmigrantes y la sobreexplotación que se produce en determinados contextos; los problemas de competencia lingüística; los prejuicios raciales; el acento sobre la diferencia cultural; la inmigración como situación ilegítima y la gran ambivalencia hacia la misma por parte de la población autóctona; las prenociones en torno a «dada la desigualdad norte-sur, cualquier cosa sirve para un inmigrante, además pertenecen a grupos sociales desfavorecidos y poco cualificados», Y, por último, pero no menos importante, la variable género (M. Abdelaziz, 2001: 77-83). ¿Por qué introducir el género de una manera especial aquí? Porque hablar de familias de inmigrantes significa aludir a la situación de las mujeres inmigrantes, así, por ejemplo, si la mujer del «norte» está redefiniendo su papel dentro de la familia tradicional o patriarcal; si las contradicciones, los pesares y las ambivalencias, nos invaden, en los cambios que se están produciendo en las relaciones de género ¿cuánto más a las mujeres inmigrantes? Dejo la pregunta, pero ha de ser una cuestión que no nos abandone.

En el mapa que estamos trazando para recorrer estos territorios, a riesgo de saber que los mapas se perfeccionan, se rectifican, el primer gran trazo que encontramos, que construimos, es la situación de pérdida por la que atraviesan las personas que emigran. Ya que como afirma C. Falicov «todos los inmigrantes, aquéllos que dejan sus países voluntariamente o aquéllos que se ven forzados, aquéllos que vienen de lugares cercanos o de lugares lejanos, aquéllos inmigrantes que son hombres, mujeres, jóvenes o viejos, sufren en alguna medida u otra, alguna forma de pérdida, pena o duelo. La pérdida de la inmigración tiene características especiales que la distinguen de otro tipo de pérdida» (Falicov, *op. cit.*) ¿Cuáles son estas características? «A diferencia del inalterable hecho de la muerte, con la que ha sido incorrectamente comparada, las pérdidas del inmigrante son a la vez más amplias y más reducidas. Son más amplias que la muerte de una persona cercana porque la inmigración trae pérdidas de todo tipo: pérdida de la lengua natal, de las costumbres y rituales».

Sin embargo, la inmigración es también más pequeña que la pérdida completa de la muerte. Comparada a la muerte, las pérdidas de la inmigración no son totalmente claras, completas o irrevocables. Todo se encuentra aún con vida, aunque ausente. Nada desaparece con la muerte. Siempre es posible fantasear un regreso o una reunión futura. Además, los inmigrantes rara vez se dirigen hacia un vacío social en el país extranjero. Existen también elementos compensatorios, tales como la esperanza de mejora económica, oportunidades educacionales o nuevas libertades políticas, económicas o sociales. Estos elementos crean emociones contradictorias: tristeza y alegría; pérdidas y ganancias; ausencia y presencia, que hacen que las pérdidas sean incompletas, ambiguas, como un «duelo perpetuo».

El concepto de «pérdida ambigua» propuesto por P. Boss (2001) para describir situaciones en las cuales la pérdida es confusa, incompleta, o parcial, es útil para entender la pérdida del inmigrante. Boss describe dos tipos de pérdida ambigua: 1) La primera situación en la cual la gente está físicamente ausente pero psicológicamente presente. (Por ejemplo, aquellas familias con una persona fallecida cuyos cuerpos nunca se encuentran). Esta falta de prueba material promueve una continuación de la espera abierta sin cierre, por más irrealista que esa espera sea. 2) En la segunda situación de pérdida ambigua, un miembro de la familia está físicamente presente pero psicológicamente ausente (ejemplos son familias con un miembro que sufre la enfermedad de Alzheimer).

La inmigración representa ambos tipos de pérdida ambigua simultáneamente. Por un lado, la gente y los lugares queridos están físicamente ausentes, y al mismo tiempo están agudamente presentes en la mente del inmigrante. Por otro lado, la nostalgia y el estrés de adaptación pueden dejar a algunos miembros de la familia psicológicamente ausentes, aún cuando se hallen físicamente presentes. Quizá, prosigue Falicov, «por esta peculiar calidad de ambigüedad y transitoriedad, la trayectoria de la inmigración como transición de vida está casi vacía de rituales o de ritos de pasaje. Hay algunas prácticas (fotos, recuerdos, música), pero usualmente estas prácticas son más personales que colectivas. No hay una estructura formal para marcar la transición. Estas transiciones carecen del bene-

ficio emocional que brindan los rituales culturales». Algunos de los rituales espontáneos, algunos de los colectivos (envío de mensajes, llamadas, recreación de espacios en las ciudades...) transporta momentáneamente al espacio cultural conocido, es un retorno psicológico, un ritual de duelo. Porque estas poderosas acciones no sólo ayudan a reestablecer lazos con la tierra perdida, también transforman a las culturas que reciben a los inmigrantes en lugares más familiares, menos extraños, aunque la cultura dominante siempre esté presente.

En su importante trabajo sobre rituales F. Imber-Black y otros (1991) nos dan cuenta acerca del poder que los rituales tienen para preservar continuidad e identidad familiar y vínculo comunitario. Rituales de ciclo de vida; rituales cotidianos (las comidas familiares, los juegos, las formas de vestir; rituales religiosos). En suma, los rituales cumplen una serie de funciones que contribuyen a la *resiliencia* o al fortalecimiento de las familias o lo que F. Walsh (1998) llama «sentido de coherencia». Más aún, la existencia muy escasa o muy exagerada de estas prácticas rituales espontáneas en los que se quedaron o en los que se fueron, pueden indicar adaptaciones familiares que dificultan la elaboración de la pérdida ambigua de la inmigración en lugar de aprender a vivir con tales pérdidas.

Para la intervención con familias inmigrantes será preciso guiarnos por este mapa, apenas trazado; necesitamos guiarnos por él en el trabajo de acompañamiento a estas familias, donde la activación de recursos de cualquier índole, más bien escasos que suficientes, deberá estar arropada por un trabajo de ayuda a elaborar lo que hemos denominado pérdida ambigua.

La intervención ganará si hacemos una recolección de los hechos, motivaciones y expectativas que preceden a la inmigración, así como también de una narración de la realidad con la que se encontraron, esperada e inesperada. Lo que pasaron y lo que están pasando, ya que la inmigración no es siempre un proceso de decisión consensuado, con frecuencia hay una línea sutil o no tan sutil de género y de generación que marca las diferencias entre las migraciones de iniciativa voluntaria y aquellas que se dan por la persuasión de una persona sobre otra. «Entre los persuadidos pero no convencidos se encuentran los niños, las mujeres que siguen a los maridos a duras penas (aunque algunas veces es al revés) y las personas mayores que acuden al llamado de los hijos, sea para ayudarlos o para ser ayudados. Estos individuos que se sienten robados de iniciativa generalmente tienen más dificultades de adaptación que aquellos que activamente deciden emigrar. Éste será un aspecto a explorar con la familia, ya que puede proporcionar elementos de comunicación más abierta, con mayor entendimiento de las expectativas mutuas en la estructura de la nueva familia y los significados de esta situación para cada uno en un futuro compartido». Las migraciones muchas veces traen consigo a las personas, o les esperan, situaciones traumáticas. El sueño de la inmigración es reemplazado por pesadillas, trauma, horror y tremenda desilusión. Porque la ambigüedad implícita en la experiencia de la inmigración a veces se apodera de las relaciones familiares. Miembros de la familia, particularmente de la pareja, se dividen y se asignan polos opuestos de la ambigüedad. Uno se identifica con querer quedarse y otro con querer irse, o uno idealiza el



nuevo lugar y el otro lo denigra; uno expresa optimismo, el otro se sumerge en el pesimismo. El objetivo es legitimar ambas opciones, poder hablar de ellas con franqueza e introducir colaboración en lugar de competición.

Frecuentemente la inmigración lleva consigo separaciones dentro de la familia nuclear. Muchas veces una madre o un padre dejan a los hijos con parientes para su cuidado. Estas familias transnacionales, con una parte allí y otra aquí, sufren a menudo por períodos de varios años, durante los cuales se crean nuevos vínculos con cuidadores y familia extensa y eventualmente, nuevas separaciones o reuniones. Este fenómeno ha sido llamado por P. Boss (*op.cit.*) las «fronteras familiares ambiguas»: cuando el hombre se va, la mujer pasa a ser la jefa de una familia monoparental; cuando la madre se va, la abuela toma el lugar de madre.

Puede que a nuestro mapa les falten lugares, sólo he pretendido mostrar unos trazos, y destacar que las fronteras son los terrenos fértiles para una intervención reflexiva, en la cual podamos vernos a nosotros mismos y ver a los demás con ojos diferentes, con los cuales poder compartir sentimientos de marginalidad, evitando la construcción de identidades unidimensionales (M. Pakman, 1997). No obstante, a lo dicho hay que añadir o considerar (pero no es éste el espacio y sí lo será el próximo capítulo sobre el marco organizacional) serias dificultades para introducir la mirada que estamos proponiendo, esto es, las limitaciones organizativas, de recursos, muy graves donde llevan a cabo la intervención social los trabajadores sociales

Para terminar estas reflexiones traemos la explicación de un concepto antes señalado —el de resiliencia— que es, a todas luces, revelador para el trabajo con familias e inmigrantes, con malos tratos a menores, familias que han sufrido situaciones graves, etcétera. Es éste uno de los conceptos más optimistas que se han desarrollado en el ámbito de la intervención psicosocial. Es un concepto que defiende que ninguna herida es irreversible, siempre que se pongan en su sitio los mecanismos de defensa y que se le tienda la mano a la persona afectada. Así, la resiliencia es la facultad de ciertas personas, y particularmente de los niños, por superar las pruebas más dolorosas tanto de carácter privado como de carácter histórico. Tal vez el mensaje optimista que podemos sustraer de la resiliencia es que «un trauma grave no condena el resto de tu vida».

## 5. CONCLUSIONES

Cualquier encuentro con «el otro» o los «otros» es recrear una situación social donde especularmente se reflejan situaciones sociales. No es un asunto de dos, es una cuestión pública, es un espacio para reflexionar sobre las condiciones sociales que nos atraviesan, para reflexionar sobre las condiciones de vida, ya sean económicas, familiares, políticas, físicas, emocionales o socioculturales. «Un proceso social de esta índole, en tanto y en cuanto sea reflexivo, es crítico, y su propósito es mejorar nuestra capacidad para desplazarnos en el mundo con las limitaciones que tenemos, en lugar de ser ejecutantes alienados de libretos que otros escriben por nosotros» (M. Pakman, 1999: 9)

Hablábamos también de cuestionar nuestros contextos de trabajo, ¿por qué? En general trabajamos en condiciones en las cuales el desvalimiento del otro nos lleva a actuar con urgencia. Frente a las llamadas poblaciones en riesgo encorse-  
tamos nuestras respuestas en estructuras asistenciales que acaban transformando a aquellas, no sólo en usuarios, sino en «pacientes» (paciencia), con la consi-  
guiente tendencia *individualizadora*. Dicha tendencia va pareja a la perspectiva de la hiperespecialización y compartimentación de servicios. La alternativa es pensar en redes ya que implica comprender el problema donde se puede dominar y manejar; lo que exige poder reenmarcar el/los problemas individuales como «las contradicciones que atrapan a un grupo» (M. Elkaïm, 1989), lo cual constituye en definitiva, una apuesta sociopolítica. Es necesario que tomemos en cuenta que participamos en la creación de las realidades que construimos, en la definición de los problemas, por consiguiente somos responsables de las mismas. Todo ello significa promover estructuras de mediación vinculando a personas e instituciones para que establezcan lazos pasando a veces por la reivindicación. Un elemento constitutivo de la intervención en redes es la existencia de un dispositivo que posibilita la negociación: todos los actores portan sus respectivas cuotas de poder. Poder concreto, para tomar decisiones, para realizar tareas, para gestionar con los otros..., para construir consensuadamente la relación con el otro; promoción de acontecimientos que posibiliten procesos novedosos y consistentes de participación y de ejercicio de la solidaridad; privilegiar el dominio de los acontecimientos; evitar convertir la crisis en avería que *repara* un sistema experto; y además, es imprescindible trabajar con la red de intermediarios sociales cuya intervención parece un extraordinario acelerador de la exclusión o un freno para la misma. En definitiva, hay que revalorizar lo que se ha venido a llamar «las prácticas locales» y desarrollar su potencial transformador. En estas conclusiones es preciso señalar que, lejos de enmarcarnos en una postura postmoderna, por más que algunas referencias bibliográficas que nos han guiado tengan ese apellido, estamos más de acuerdo con Howe (1999: 145-147) cuando dice que los elementos básicos de la actitud postmoderna son que la verdad reside en el «ser» y en el «devenir», en lugar de en elaborados sistemas de conocimiento. Por último una aseveración: en la intervención social, que hemos arbitrariamente denominado más allá de la teoría crítica, es preciso pasar de la posición de habla a la de escucha.

## 6. BIBLIOGRAFÍA

ABDELAZIZ, Malika

2001 «Participación y acción colectiva». *Publicación del Seminario Mujeres y servicios sociales*. EUTS, Instituto de la Mujer. Madrid.

ANDERSON, Harlene, y GOOLISHIAN, Harry

1996 *Conversación, lenguaje y posibilidades, un enfoque posmoderno de la terapia*. Buenos Aires: Amorrortu.

- BARRANQUERO, Alejandro  
2005 «Estudios de comunicación y la teoría crítica en España». *Revista Nómadas. Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*. [www.ucm.es/info/eurotheo/nomadas](http://www.ucm.es/info/eurotheo/nomadas)
- BOURDIEU, Pierre  
1999 *La miseria en el mundo*. Madrid: Akal.  
2000 *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- BOSS, Pauline  
1999 *La pérdida ambigua*. Barcelona: Gedisa.
- CAILLÉ, Phillippe  
1990 *Familias y terapeutas. Lectura sistémica de una interacción*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- CHAMBON, Adrienne  
2001 «La perspectiva de Foucault: Hacer visible lo familiar» en *Foucault y el trabajo social*. A. Chambon, A. Irving, y L. Epstein (eds). Linares: Maristan.
- COLETTI, Mauricio, y LINARES, Juan Luis.  
1997 *La intervención sistémica en los servicios sociales ante la familia multiproblemática. La experiencia de Ciutat Vella*. Barcelona: Paidós.
- DABAS, Eline, y NAJMANOVICH, D. (comp)  
1995 *Redes: El lenguaje de los vínculos*. Buenos Aires: Paidós.
- DOMINELLI, Lea, y MC CLEOD, E.  
1999 *Trabajo social feminista*. Valencia: Cátedra.
- ELKAÏM, Mony  
1989 «Redes, sistemas de intervención», en *Las prácticas de la terapia de red*. M. Elkaïm y otros. Barcelona: Gedisa.
- EPSTEIN, Laura  
2001 «La cultura del trabajo social», en *Foucault y el trabajo social*, A. Chambon, A. Irving y L. Epstein (eds). Linares: Maristan.
- GOOLISHIAN, Harry  
1996 «El experto es el cliente: la ignorancia como enfoque terapéutico» en *Conversación, lenguaje y posibilidades, un enfoque posmoderno de la terapia*, H. Anderson, H. y H. Goolishian. Buenos Aires: Amorrortu.
- HEALY, Karen  
2001 *Trabajo social: Perspectivas contemporáneas*. Madrid: Morata.
- HOFFMAN, Lyn  
2001 «De la sabiduría sistémica a la responsabilidad relacional: Una perspectiva comunal». *Revista Sistemas Familiares*, año 17 n° 2, Buenos Aires. H.  
1996 «Una postura reflexiva para la terapia familiar», en *La terapia como construcción social*. S. McNamee y K. Gergen. Barcelona: Paidós.
- HOWE, David  
1999 *Dando sentido a la práctica*. Granada: Maristán.

IMBER-BACK, E.

2000 *Familias y sistemas amplios*. Buenos Aires: Amorrortu.

JAES FALICOV, Celia

2001 «Migraciones, pérdida ambigua y rituales». *Revista Perspectivas Sistémicas*, nº 69, Buenos Aires.

KORIN, E. C.

1997 «Desigualdades sociales y relaciones terapéuticas: aplicación de las ideas de Paulo Freire a la clínica». *Revista Sistemas familiares*. Nº 1, año 13. Buenos Aires.

MCNAMEE, Sheila

2001 «Recursos relacionales: la construcción de la terapia y otras prácticas profesionales en el mundo posmoderno». *Revista Sistemas Familiares*, Buenos Aires, Año 17, nº 2, 113-129.

MINUCHIN, Patricia; COLAPINTO, Jorge, y MINUCHIN, Salvador

2000 *Pobreza, institución, familia*. Buenos Aires: Amorrortu.

MOFFAT, Ken

2001 «Vigilancia y gobierno del receptor de bienestar», en *Foucault y el trabajo social*. A. Chambon, A. Irving y L. Epstein (eds). Linares: Maristan.

PAKMAN, Marcelo

1997 «La psicoterapia en contextos de pobreza y disonancia étnica: el constructivismo y el construccionismo social como metodología para la acción», en *Construcciones de la experiencia humana*. Marcelon Pakman (comp).V. II. Barcelona: Gedisa.

PAKMAN, Marcelo

1999 «El diseño de Terapias constructivistas en salud mental». *Revista Sistemas Familiares*, nº 2- Julio, 1999. Buenos Aires.

PAKMAN, Marcelo

2004 «Marco sistémico para la actuación profesional en el campo de la salud mental. *Rev. Redes*, nº 12/13. P: 11-33. Barcelona.

PAYNE, Malcom

1995 *Teorías contemporáneas del Trabajo Social*. Barcelona: Paidós.

PELEGRÍ, Xavier

2004 «El poder en el trabajo social», en *Revista Cuadernos de Trabajo social*, vol. 17. EUTS. Madrid.

DE LA RED, Natividad

1993 *Aproximaciones al Trabajo Social*. Siglo XXI. Madrid.

SAIDÓN, O.

1995 «Las redes: pensar de otro modo» en *Redes. El lenguaje de los vínculos*, E. DABAS Elina y NAJMANOVICH, D. (comps). Paidós. Buenos Aires.

SHÖN, Donal

1998 *El profesional reflexivo*. Barcelona: Paidós.

- SMALE, Gerald; TUSON, Grahan, y STAHAM, Daphne  
2003 *Problemas sociales y trabajo social*. Madrid: Morata/Paideia.
- VEGA, Susana  
1989 «Instrumentos de trabajo» en *La intervención sistémica en los servicios sociales ante la familia multiproblemática*, L. Coletti y J. L. Linares (comp.). Barcelona: Paidós.
- WALSH, Froma  
1998 «El concepto de resiliencia familiar: crisis y desafío», *Revista Sistemas Familiares*, Año 14-nº1. Buenos Aires.
- WHITE, M., y EPSTON, D.  
1993 *Medios narrativos para fines terapéuticos*. Barcelona: Paidós.
- ZAMANILLO PERAL, Teresa  
1991 *Para comprender el Trabajo Social*. Pamplona: Verbo Divino.